

Modernidad y postmodernidad en América Latina

José G. Vargas-Hernández, M.B.A.; Ph.D.
Instituto Tecnológico de Ciudad Guzmán*
pp. 999-1022

Resumen

En este artículo, el autor hace un análisis del desarrollo del capitalismo en América Latina. Para ello explica los conceptos de modernidad —así como las estrategias de modernización neoliberal y estructuralista— y postmodernidad. Con base en estos referentes, analiza la complejidad de la realidad económica y social, lo cual le permite concluir que los procesos de globalización neoliberal aumentan las desigualdades sociales que debilitan el sistema democrático, agudizan sus contradicciones y lo vuelven incompatible con el capitalismo.

Palabras clave:

América Latina, aspectos políticos, aspectos económicos, Estado, capitalismo, modernización, desarrollo económico y social, teoría del desarrollo, movimientos sociales.

* Avenida Tecnológico 100, Cd. Guzmán, Jalisco, 49000, México. Telefax: +52341 41 33116. Dirección electrónica: jgvh0811@yahoo.com

Presentación

En este trabajo se revisan los principales desarrollos del capitalismo, en América Latina, caracterizados como tiempos premodernos, modernos y postmodernos, que ponen en una encrucijada al desarrollo económico y social de la región. Primeramente, se revisan los conceptos de modernidad como un enfoque teórico del desarrollo económico, que trae consigo el desarrollo político con una convergencia hacia la democracia liberal, los mismos que dan fundamentos a las estrategias de modernización neoliberal y estructuralista. Luego, se revisan los conceptos de postmodernidad como una tendencia de pensamiento del desarrollo del capitalismo tardío o postindustrial, aunado a los procesos de globalización para delimitar el final de la modernidad organizada.

A partir del análisis de la modernidad y la postmodernidad, como formas de sustentabilidad social, bajo el supuesto asumido por los modernistas de que la función primaria de la organización económica es la producción, los postmodernistas asumen que la producción de cosas físicas es sobrepasada por la producción de bienes de información y servicios. Muchos de los habitantes de las regiones latinoamericanas menos desarrolladas viven en condiciones que pueden ser descritas como modernidad desigual más que como postmodernidad. Para contrarrestar los efectos perversos del desarrollo del capitalismo neoliberal, se organizan los nuevos movimientos sociales, capaces de combatir los poderes económico-financieros, los cuales constituyen los primeros signos del descubrimiento colectivo de la necesidad vital del internacionalismo o, mejor aún, de la internacionalización de los modos de pensamiento y de las formas de acción.

Finalmente, se analiza la complejidad de la realidad económica y social como una encrucijada de los tiempos premodernos, modernos y postmodernos del desarrollo latinoamericano. Se concluye que el subdesarrollo no fue el pecado de omisión de países al margen de la industrialización moderna, sino un pro-

ceso viejo, en el cual los términos comerciales fueron arreglados en detrimento de los estados débiles, productores de bienes primarios. De hecho, los procesos contemporáneos de globalización y expansión del capitalismo tardío o postmoderno han agravado los problemas más crónicos del desarrollo económico y social, como en la región latinoamericana.

1. La modernidad

Habermas (1992) puntualiza que el vocablo “modernización” se introduce como término técnico en los años de 1950. Caracteriza un enfoque teórico que hace suyo el problema del funcionalismo sociológico. La modernidad se define como el desarrollo económico industrializado con convergencia hacia la democracia liberal. La democracia es el espacio donde convergen la igualdad y la libertad, que tienen como condición necesaria, aunque no suficiente, la participación efectiva en los aspectos procedimentales para la elaboración del sistema normativo.

El concepto de modernización se refiere a una gavilla de procesos acumulativos que se refuerzan mutuamente: a la formación de capital y a la movilización de recursos; al desarrollo de las fuerzas productivas y al aumento de la productividad del trabajo; a la implantación de poderes políticos centralizados y al desarrollo de identidades nacionales; a la difusión de los derechos de participación política, de las formas de vida urbana y de la educación formal; a la secularización de los valores y normas; etc.

Los conceptos de democracia, relacionada con la noción de capitalismo, coinciden con la definición de modernidad. Hay implicaciones que datan de la ilustración y que todavía no alcanzan su máximo potencial de desarrollo. La democracia es el espacio donde convergen la igualdad y la libertad, que tienen como condición necesaria, aunque no suficiente, la participación efectiva en los aspectos procedimentales para la elaboración del sistema normativo. El proceso político se desarrolla en las etapas de diseño de las normas y del desarrollo del juego político.

Con la modernidad tiene lugar un proceso de desculturización, que libera a los individuos de las relaciones sociales feudales y patriarcales, dando lugar a nuevas culturas democráticas. La desculturización agredió identidades culturales, las cuales se resistieron y se reivindicaron, hasta nuestros tiempos, mediante procesos de reterritorialización de los espacios locales, en un ambiente en el cual impera la globalización económica. Existen varias culturas democráticas que pueden ser delimitadas, a partir de los elementos de la cultura política. La cultura política toma forma específica en cada nación como un producto, a largo plazo, de la historia. La cultura así llamada conforma un conjunto de modos de vida de las naciones.

Los inicios de la modernidad están marcados por una racionalidad que tuvo como fundamento ideas religiosas, la revelación, la opinión y la autoridad que, mezcladas con intereses políticos y cánones, en el siglo XVI, da lugar a un modelo antropológico que, en el siglo XVII, deriva en el cálculo, fundado en la matemática y la geometría. La modernidad desenlazó procesos de transformación en Europa, desde el siglo XVII, los cuales provocaron rupturas con las relaciones sociales y el orden religioso prevaletentes en el último milenio. Un creciente desarrollo de procesos de racionalización y secularización del conocimiento sustituyeron, de forma gradual, los dogmas religiosos por el avance de la ciencia.

Mediante los crecientes procesos de racionalización, el cálculo racional instrumental y frío sustituyó los dogmas de una fe religiosa. La modernidad liberó a los grupos humanos de una visión religiosa del mundo, que sometía las relaciones sociales a estrictos comportamientos dogmáticos. La deficiencia de la racionalidad tuvo precedentes en el trabajo teológico del siglo XVI y en el empirismo de Bacon, a principios del siglo XVII, que anunció su fe en el progreso. Descolló una pugna cultural entre las tradiciones filosóficas europeas y las actitudes científicas y tecnológicas, gestadas en la potencia económica estadounidense. El racionalismo ateo de la ilustración

no tocó las sectas de Nueva Inglaterra, por lo que su cultura se mantuvo cerca de las brujas de Salem.

La ilustración fue una tendencia que acompañó a la modernidad, durante un trayecto. La filosofía de la ilustración sirvió de base para la creación de las culturas e ideologías europeas modernas, las cuales influyeron en la formación de los primeros centros del desarrollo capitalista, ya fueran católicos (Francia) o protestantes (Inglaterra y Holanda), y también en Alemania y Rusia, cuyo impacto llega hasta nuestra época.

El romanticismo alemán exaltó el nacionalismo y lo opuso al cosmopolitismo, que sujeta los estados al derecho internacional cosmopolítico (Kant), que postula que todos los pueblos están originariamente en comunidad del suelo, sin la posesión jurídica, concepto que choca con el de soberanía, que postula a la nación como propietaria de un territorio determinado y al Estado como su representante. Para Kant, la nación es una persona moral, cuyo origen es un contrato social, una comunidad que, vinculada por la fraternidad, busca alcanzar el bien común y la paz. En el *Contrato social* de Rousseau se afirma la necesidad de hallar una forma de asociación, por la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca, sin embargo, más que a sí mismo.

En el siglo XVII, las Provincias Unidas de Holanda promovían el libre comercio de su producción en los países europeos, pero protegían ciertos mercados en los cuales eran débiles. Los británicos sostuvieron tres guerras contra los holandeses para disputarse el mercado mundial. Al decir del británico George Downing, en 1663, la política comercial holandesa es un mar abierto (*mare liberum*), en las aguas británicas, pero un mar cerrado (*mare clausum*) en la costa de África y las Indias Occidentales.

En el siglo XVIII, aparece una orientación objetiva del hombre, para considerarlo moralmente como valor supremo. Algunas de las ciencias sociales otorgaron valor positivo al hombre y lo convirtieron en objeto, mientras que las filosofías subjetivas imponían la

noción de que el hombre se hace a sí mismo. La cultura occidental tiene como característica principal el humanismo, que tiende a ser un espejismo, cuando se comunica con los valores humanistas de otras culturas. Así, la fe se ha ajustado para cumplir con los requisitos de los valores de la modernidad, el laicismo y la democracia.

El desarrollo de Inglaterra se sustentó en las tesis del liberalismo económico y la economía política clásica, elaborada por los ingleses Adam Smith, Thomas R. Malthus y David Ricardo, y el francés Jean Baptiste Say, basada en el ahorro, el trabajo y el libre comercio. Por otro lado, los trabajos de David Ricardo sobre las ventajas comparativas y su interpretación moderna, en el modelo Heckscher-Ohlin de comercio internacional, establecen que las diferencias en las ventajas comparativas de las naciones, en la producción de diferentes mercancías, se deben a las diferentes dotaciones de factores. En el capitalismo, la producción adquiere más importancia que la distribución y el consumo, porque implica la propiedad de los recursos económicos, la principal fuente del poder económico, no obstante que el comercio internacional contribuye a crear la plusvalía.

La aplicación de estas tesis, sin embargo, es contradictoria e incompatible con “el empleo sistemático del poder político, militar y económico del país en una praxis de colonialismo, proteccionismo y explotación de los pueblos bárbaros” (Dietererich, 2002). Friedrich List, formador del capitalismo del Estado alemán, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, critica esta doble moral inglesa, la cual se sintetiza en el análisis de Dietererich (2002), porque desde “la constitución del moderno Estado inglés, en la dictadura desarrollista de Oliver Cromwell, tal como se había manifestado en el Acta de Navegación (1651) y en el monopolio de la East India Company hasta los días del encantador Tony Blair, la única política real de crecimiento económico ha sido el capitalismo proteccionista de Estado”.

El surgimiento del capitalismo, concurrente con el fenómeno de la modernidad, separa

lo político de lo económico. Leviatán es el paradigma moderno de la política, instituida en la regulación y resolución de conflictos, con principios de un orden establecido en un marco normativo. Hobbes mantiene la idea de que la política, ligada a un orden natural, es contingente, particular, finita y, por lo tanto, incapaz de evadir el retorno al estado de conflicto. Su solución, en consecuencia, justifica al Dictador que exigirá el resultado que maximiza el bienestar colectivo.

La institucionalización del Estado fue consecuencia de la regulación de las relaciones, del establecimiento de los deberes y las obligaciones, así como de la resolución de conflictos individuales en la sociedad. El desarrollo supera el enfoque de la provisión de bienes y las competencias individuales y se orienta a procesos de institucionalización, que garanticen el ejercicio de la conducta de elección de elementos que van más allá de la simple búsqueda y satisfacción del bienestar.

No obstante, la modernidad es la ideología del sistema capitalista, que se declara a sí misma como la defensora de los derechos individuales, por encima de los derechos de la sociedad. La exaltación del individualismo es una característica de los procesos de modernización capitalista, que tiene implicaciones en las propuestas de las instituciones democráticas, la familia, etc.

Marx, en su *Manifiesto comunista*, es sensible al sufrimiento infringido por la modernidad a los esbatimientos sociales burgueses, cuando sostiene que la modernidad “ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus superiores naturales se han desgarrado sin piedad, para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel pago al contado. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco, y el sentimentalismo del pequeño burgués, en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y de-

salmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal”.

Frente a la concepción socialista moderna, que ve un problema en la propiedad privada y prefiere una propiedad colectiva, Aristóteles consideraba, en efecto, que solamente lo que el individuo tenía como propio era aquello de lo que se ocupaba con más esmero. Aristóteles pensaría que el ocuparse más de lo propio que de lo común pertenecía a la esencia humana. Aristóteles no solo se preocupa por la defensa de la propiedad privada, sino también por la promoción, al mismo tiempo, de un uso en común. En esto difiere radicalmente de lo que se advierte en el capitalismo de mercado, con su mano oculta, que todo lo arregla, y sus sociedades anónimas. Pues lo que sucede en la sociedad moderna capitalista es que cada uno se ocupa de lo suyo también en el uso y se desentiende del prójimo.

Esta sociedad moderna se organiza en torno al Estado-nación, asentado en un territorio, donde tienen lugar las diferentes interacciones, entre las décadas de 1830 y 1870. Las sociedades modernas tienen como características la diferenciación social, la secularización de la cultura política y un sistema político. El concepto hegeliano de una sociedad civil burguesa adquiere vigor y se participa en el espacio público, en forma de opinión pública, en las sociedades modernas. La opinión pública es la característica que diferencia a la sociedad civil del Estado y que representa la voz de la sociedad civil en la esfera política. La sociedad civil es una red asociativa, que comprende todos los intereses sociales y facilita la participación de los ciudadanos que forman parte de un sistema político. Esta modernidad se declara a favor de los derechos del individuo, en franca oposición a los derechos sociales, lo cual afirma más la tendencia autoritaria del capitalismo. El pensamiento social burgués separa los dominios económico y político de la vida social (Amín, 2001), mediante la adopción de diferentes principios específicos.

La convergencia de la modernización económica, definida como desarrollo económico industrializado, y la democracia liberal requieren de nuevas instituciones, actores y agentes y comprende, de forma limitada, las capacidades del Estado. Por otro lado, si la dictadura del trabajo domina, la democracia tampoco puede florecer. Al respecto, Birchfield (1999) nos recuerda que la relación del salario capitalista necesita la separación conceptual de la economía y la política, respectivamente, en esferas de actividad privada y pública, la cual, a su vez, constituye un elemento definitorio del Estado liberal. La estrategia de modernización económica, seguida por la mayor parte de los países del mundo, solo reporta beneficios derivados del manejo de grandes capitales y de los avances tecnológicos para las grandes transnacionales. La tradición ideológica de las élites viejas, como estrategia de los grupos de nivel socioeconómico alto, se orienta a limitar la modernización económica, al mismo tiempo que fortalece los valores tradicionales de la socialización, centrada en la familia y en la escuela (Germani, 1966).

No existe, sin embargo, una relación lineal entre la modernización económica y el establecimiento de instituciones democráticas. Además, el logro del crecimiento económico no es garantía de un desarrollo democrático. Investigaciones sobre la cultura política concluyen que la crisis política tiene poca relación con la crisis de confianza en las instituciones democráticas, cuyo nivel de aceptación sigue siendo elevado. Así, un elevado desarrollo económico puede coexistir con un debilitamiento de las relaciones de confianza y cooperación cívica (Grootaert, 1998). Consolidar la democracia liberal requiere de instituciones, actores y agentes que acepten las reglas del juego y los principios del liberalismo político y económico.

El territorio es un elemento de la modernidad política, el cual es analizado como un constructo social, formado por personas, fenómenos y relaciones determinadas, en un área geográfica, que se afectan e influyen mediante intenciones individuales y grupales.

Dentro de esta concepción amplia del territorio, aparecen las instituciones que se vinculan y relacionan de forma distinta en el espacio.

Brosius (1997) afirma que las formas concretas como se presenta el tráfico de doble sentido, entre lo local y lo global, no resultan fáciles para el concepto. Y argumenta que “incluso el componente local de los movimientos sociales en contra de las naturalezas del capital y de la modernidad está de alguna manera globalizado, por ejemplo, en la medida en que dichos movimientos sociales toman prestados discursos metropolitanos sobre la identidad y el entorno”. Los movimientos contestarios a la modernidad y a los procesos de globalización resisten la desculturalización con una política de identidades y la secularización mediante una reactualización de los fenómenos religiosos.

2. La teoría de la modernidad

La teoría de la modernización plantea como hipótesis que el desarrollo económico traerá consigo el desarrollo político. La homogeneidad y la estandarización de todas las formas de civilización humana, bajo un mismo sistema económico, pueden tener consecuencias fatales para el desarrollo de la humanidad. El sistema económico capitalista se encuentra atrapado, funcionalmente, en una lógica de crecimiento económico insostenible. Las teorías del desarrollo se fundamentan en la monoeconomía y los beneficios mutuos. Las principales teorías sobre el desarrollo socioeconómico son la teoría de la modernización, la de la dependencia, la de la globalización y la de los sistemas mundiales.

Los vínculos que explican las diferentes relaciones económicas, sociales, políticas, etc. existentes entre las localidades, las regiones, los países y la globalidad han sido analizados desde dos enfoques teóricos, el de la dependencia y el desarrollista. La teoría de la dependencia de la división internacional del trabajo (Cardozo y Faletto, 1969) considera que las diferentes regiones y países tienen intercambios desiguales, en un sistema que con-

centra los recursos tecnológicos, la manufactura, la educación y la riqueza; mientras que otras regiones y países periféricos solo son proveedores de mano de obra y de materia prima baratas. Por su parte, la teoría del desarrollo (Lerner, 1958; Rostow, 1960; Germani, 1971) de la división internacional del trabajo subraya la importancia de la modernización de las denominadas “sociedades parciales” con tecnología y valores tradicionales.

La teoría de la dependencia centra el desarrollo en los mercados domésticos, el papel del sector industrial nacional y la generación de demanda agregada, mediante incremento de salarios que aumentan los niveles de vida. Las teorías anteriores centran su objeto de estudio en el Estado nación, a diferencia de las dos siguientes, que adoptan otras perspectivas. Los procesos de globalización, tal como se están dando hasta ahora, contribuyen a la devaluación de la autoestima de los pueblos, ya de por sí subdesarrollados, y a crear un sentido de dependencia. La debilitada cultura de la dependencia del pobre es sustituida por el impresionante proyecto hegemónico de la expansión del capitalismo, alentada por los grandes intereses económicos de los grupos corporativos. La escuela de la dependencia falla en predecir dos importantes tendencias, que contradijeron sus expectativas originales: el errático desempeño de los modelos de desarrollo, basados en la sustitución de las importaciones, que intentaron contraatacar la penetración capitalista externa con la intervención vigorosa del Estado y la promoción de la industrialización autónoma, y la experiencia exitosa de algunos de los más dependientes (Portes, 1997).

La teoría de la modernización sostiene que el desarrollo es un proceso sistemático, evolutivo, progresivo, transformador, homogeneizador y de “americanización” inminente. La teoría de la modernización sostiene que el desarrollo social y político de los pueblos ocurre en el cambio de la racionalidad de una sociedad, basada en los afectos, a otra sociedad fundada en los logros individuales. Esta teoría identificó etapas evolutivas del

desarrollo de los pueblos. El eslabón perdido entre los ámbitos micro y macro del desarrollo social, sostiene (Lechner, 2000), es “una desventaja a la hora de analizar conjuntamente las relaciones de confianza generalizada y de asociatividad y, por otra parte, las normas de reciprocidad y de compromiso cívico vigentes en la sociedad”. Las relaciones de confianza entre los individuos y el compromiso cívico dependen de las oportunidades y las restricciones, ofrecidas por el contexto histórico-social.

La modernización parte de la premisa de que el desarrollo es un proceso evolutivo inevitable, que aumenta la diferenciación social, la cual crea sus instituciones económicas, políticas y sociales que siguen el patrón de desarrollo occidental. El desarrollo es un proceso de cambios dinámicos inducidos, mediante políticas y estrategias impulsadas por diferentes agentes económicos y actores políticos. Las investigaciones de las acciones estratégicas, de las preferencias y de las actitudes de los actores de la transición política se centran más en la elección racional que en una dimensión más subjetiva. Las teorías del derrame, ya desacreditadas en la economía desarrollista, se mantuvieron como respuesta al dilema de la distribución, y la teoría de la modernización fue resucitada para pronosticar la última convergencia de los sistemas económicos y políticos, a través del globo.

Esta diferenciación social y una creciente disociación de la vida social son productos de los procesos de modernización, los cuales traen inestabilidad. Los procesos de modernización generan aprendizajes rápidos y traen consigo un aumento de la demanda de bienes y servicios y la inflación de las expectativas para satisfacer las necesidades y los deseos, lo cual no siempre desarrolla la infraestructura y la capacidad para lograrlo. La modernización era vista como un proceso de diferenciación estructural e integración funcional,

donde tenían lugar las categorías de clasificación del mundo, pero para Giddens (1984, 1990), la teoría de la modernización es vista como un proceso de distanciamiento espacio temporal, en el cual el tiempo y el espacio se desarraigan de un espacio y un tiempo concretos, proceso que, más bien, es postmoderno.

3. Las estrategias de modernización neoliberal y estructuralista

El neoliberalismo es una versión nueva del liberalismo económico, el cual, además, tiene aplicación en la economía internacional y no solo dentro de las fronteras nacionales. La diferencia entre socialdemocracia y neoliberalismo radica en que este quiere la menor intervención política posible (dejando la tarea de poner orden a la regulación del mercado), y la socialdemocracia tiende a regular la mayor cantidad posible de aspectos de la vida humana. En este tira y afloja, estamos entre unos regímenes y otros, y entre unos períodos históricos y otros.

La estrategia de modernización neoliberal se ha absolutizado bajo un dogma ortodoxo, que no distingue diferencias de desarrollo entre los estados nacionales. La modernización neoliberal diferencia las esferas económica, política y social, demanda nuevas reglas de operación y regulación de los comportamientos sociales, los cuales se acompañan de una creciente inestabilidad. La modernización neoliberal separa la subjetividad, que considera como autónoma e inconexa, que genera tensiones, cuando, de acuerdo con Lechner (2000), ambos fenómenos son complementarios y es necesario relacionarlos, ya sea de forma espontánea, conforme a la apuesta del liberalismo decimonónico, o bien, según la forma establecida por el Estado que corresponde al modelo socialdemócrata. Los ámbitos de la modernización del Estado implican cambios en las tareas tradicionales, en el funcionamiento de las instituciones políticas,

[...] la modernidad es la ideología del sistema capitalista, que se declara a sí misma como la defensora de los derechos individuales, por encima de los derechos de la sociedad.

en la productividad del sector privado y en la formulación e implementación de políticas públicas en las diferentes áreas.

La modernización era vista como un proceso de diferenciación estructural e integración funcional, donde tenían lugar las categorías de clasificación del mundo. El enfoque estructuralista de la modernización acepta los costos sociales como exigencias de la implementación del modelo y apuesta a la gobernabilidad, que acota la subjetividad. El estructuralismo incorpora las relaciones e interacciones entre el centro y la periferia, las condiciones y las características estructurales económicas, sociales y políticas del sistema capitalista, que determinan el desarrollo y el subdesarrollo de los pueblos. Para servir a las elites capitalistas transnacionales, las elites capitalistas locales requieren de estados recolonizados fuertes para salvaguardar los objetivos imperialistas y con capacidad para imponer y garantizar la ejecución de las reformas estructurales y de estabilización económica, a pesar de las movilizaciones populares oponentes.

Ni la teoría de las relaciones internacionales, ni la teoría de la democracia alcanzan a establecer un marco de referencia que sustente la teoría y la práctica del desarrollo democrático de los pueblos y sus relaciones con el capitalismo moderno o el neocapitalismo en un contexto global, pese a su potencial latente de autoritarismo. No obstante, algunos principios del capitalismo no necesariamente promueven la democracia, como los “concebidos como la expresión de demandas de la razón” (Amín, 2001), entre otros, la propiedad privada, la competencia de los mercados, los principios de los emprendedores, etc. Las manifestaciones de este avance del capitalismo emergente se enmarcan en la siguiente paradoja. Mientras, por un lado, se centra en función de los mecanismos autorreguladores del mercado, por el otro, desencadena reacciones en sentido contrario, para contrarrestar y compensar los efectos de los mecanismos perversos del mercado.

El “movimiento de derecho y desarrollo”, de los años de 1970, analizó, desde el etno-

centrismo, la vinculación de los sistemas de derecho al proceso de desarrollo económico, para lograr metas del desarrollo socioeconómico por medio de instrumentos jurídicos, sobre todo de derecho público, de funcionamiento del mercado. El etnocentrismo institucional desconoce que el desarrollo institucional es endógeno, dados los riesgos de las adaptaciones institucionales. Desgraciadamente, faltó sistematización teórica para fundamentar el papel del derecho en el desarrollo económico. Su único fundamento fueron los trabajos de Weber sobre los análisis de la modernización y la jurisprudencia sociológica.

El término desarrollo puede ser definido como los procesos de transición de los pueblos hacia economías industriales, capitalistas y modernas, así como la obtención de mejores niveles de calidad de vida humana y bienestar material, considerado como la satisfacción de un conjunto de necesidades, deseos y temores. La transición de una economía basada en materiales. Cualquier transición de modelo económico, para que sea exitosa, requiere de la intervención estatal que establezca las reglas del juego, mediante procesos de institucionalización. La teoría de las transiciones encuentra barreras institucionales para consolidar la democracia, las cuales no corresponden necesariamente a una política moderna ni tampoco a una mejor distribución de la riqueza. La sociología política y el institucionalismo de la ciencia política fundamentaron conceptualmente la noción del buen gobierno, empujando la instauración de procesos de gobernabilidad democrática y el análisis de los procesos de informalidad de la política. Los procesos de institucionalización, llevados a cabo en los últimos años del siglo pasado, desestructuraron y fueron disfuncionales para las relaciones entre la economía y la política, lo cual causó crisis graves.

La nueva relación social globalizada articula la propiedad privada de los medios de producción como la regla que da certeza al funcionamiento del mecanismo del mercado. La “macro dictadura total” del neoliberalismo, tal como sostiene el obispo emérito

de Sao Felix do Araguaia (Brasil), la cual se impone como pensamiento único con sus “teólogos del diablo” y su postmodernidad narcisista (Fazio, 2000). El mercado es una construcción social que operativiza las relaciones sociales. No obstante, el poder social del programa neoliberal emerge de los intereses de quienes detentan el poder económico, que da forma al poder político.

Hacia dentro del Estado-nación, la lucha de clase se presenta como medio para asegurar el acceso a los recursos, mediante la conquista del poder. La implementación de las políticas de ajuste estructural, en los países del tercer mundo, ha tenido consecuencias inesperadas, algunas de ellas contrarias a las metas del desarrollo original. La difusión de los valores y del proyecto económico dejaron poco espacio para un nuevo concepto de desarrollo, en términos de éxito en el mercado. El desarrollo fue cuestión de imprimir la orientación correcta a los valores y las normas, en las culturas del mundo no occidental, así como de permitir a su gente participar de la riqueza moderna, creando las instituciones económicas y políticas del mundo occidental avanzado.

La implantación se realiza por medio de las denominadas reformas administrativas, orientadas a la modernización de las estructuras del aparato burocrático, la más reciente de las cuales se ha denominado revolución gerencia. Esta intenta redefinir el sistema burocrático, sin alcanzar los beneficios esperados. La modernización de la gestión pública, propuesta con nuevos supuestos, explicitados en el paradigma de la nueva administración pública, la cual se instrumenta en la reforma administrativa, ha dado resultados no del todo positivos, en cuanto a la prestación de servicios públicos (Ramírez Alujas, 2002). Las reformas pretenden que el mercado funcione de forma eficiente, mediante la reducción de los costos de transacción, de procesos de

descentralización y de la modernización de la administración pública. El cambio institucional de los servicios públicos, orientados hacia la acción social y centrados en los valores de la cultura cívica y en los valores del capital social, es muy complejo debido a la racionalidad instrumental del enfoque de la eficiencia económica.

Las funciones públicas contingentes toman en consideración aquellas actividades que pueden ser subcontratadas (*outsourcing*) o privatizadas y que desarticulan las principales funciones del Estado moderno, aquellas que Dror (1995, p. 222) denominó “las funciones de orden superior”. El cuestionado sistema de méritos de la función pública, una forma

La teoría de la modernización sostiene que el desarrollo social y político de los pueblos ocurre en el cambio de la racionalidad de una sociedad, basada en los afectos, a otra sociedad fundada en los logros individuales.

moderna de la institucionalización, orientada por una economía de libre mercado, se fundamenta en los bienes económicos y jurídicos y en funciones sociales. Por otra parte, la regulación colectiva de muchas funciones que, hasta no hace mucho, se consideraban

comunes, están desapareciendo —las compañías telefónicas, el correo, los ferrocarriles, etc.—. Faguet (1999) sugiere que la descentralización es un nexo entre las decisiones de inversión pública con las necesidades locales, de forma tal que los procesos de descentralización fiscal se identifican como procesos de descentralización administrativa, lo cual permite a los gobiernos locales definir sus propias políticas de ingreso y gasto, mediante la innovación. Los gobiernos locales tienen que jugar un papel protagónico como agentes del desarrollo económico.

La lógica de la descentralización es la territorialidad de la política pública en espacios delimitados, en localidades y regiones, en las cuales se formulan e implementan dichas políticas (*policies*). La estrategia de crecimiento se orienta hacia el desarrollo local, basado en los proyectos municipales impulsados por los actores locales. El gobierno local requiere de una sociedad civil asentada en un territorio

con un conjunto de valores y normas, que sustentan la identidad con un sistema político que proporciona poder como para la transformación de los procesos de generación de bienestar y riqueza.

Las propuestas sobre las funciones del mercado y del Estado, presentadas por las corrientes neoliberales y neoestructuralistas, alcanzaron cierto nivel de consenso, en los años de 1990. Ese consenso fue posible a partir del reconocimiento de que se trata de elementos complementarios más que antagónicos, capaces de desarrollar una relación armónica tal que facilite los procesos de desarrollo. Estado y mercado existen para representar los intereses de lo público y lo privado de una misma realidad social. De acuerdo con el análisis de Dowbor (2001), segmentos sustanciales de la sociedad han empezado a pensar en términos de un “pequeño y eficiente Estado” para justificar los procesos caóticos de privatización, posponiendo así el problema esencial de a quién y cómo debe servir el Estado. El punto principal no consiste en recortar partes del gobierno, sino en hacerlas trabajar mejor y con otros fines.

Los procesos de modernización del Estado no necesariamente significan debilitamiento, ya que deben comprender las funciones tradicionales de seguridad, administración de justicia, defensa, relaciones exteriores, etc.; y las responsabilidades del funcionamiento de las instituciones políticas, la creación de un ambiente para propiciar la actividad productiva del sector privado y el crecimiento y desarrollo consecuentes, la formulación e implementación de una política social y de políticas públicas, apoyadas por decisiones políticas. Estos elementos deben constituir el marco de referencia de las estrategias proyectivas, las instituciones representativas y los proyectos que hacen que la política social sea el sustento del desarrollo. Según Morales-Gómez y Torres

(2000), la agenda de una política social para el desarrollo debe asignar prioridad a los siguientes aspectos: el Estado debe tener las atribuciones necesarias para establecer las reglas de funcionamiento de los mercados, mediante procesos de democracia participativa. En una sociedad más desarrollada, el Estado, el mercado y la sociedad civil se fortalecen como instrumentos del desarrollo mismo. En el contexto institucional, se establecen las relaciones entre los actores y la dinámica histórica de los tipos sociales, en la dialéctica de la racionalidad e irracionalidad de sus comportamientos, relacionados con las estructuras, las interacciones y las funciones de las instituciones en el contexto social.

4. La postmodernidad

La noción kantiana de arqueología designa

la historia de lo que vuelve necesaria una cierta forma de pensamiento. La etapa de la ciencia adoptó las formas de la ciencia natural y exacta, correspondientes al estructuralismo. La arqueología mantuvo la creencia en las ciencias sociales alternativas, que estudian sistemas, estructuras y formas. A partir

de los años de 1970, tiene lugar el proceso genealógico influenciado por el perspectivismo y Nietzsche, en una actitud militante contra la represión, una desconfianza hacia el discurso académico, expresado en el postestructuralismo e identificado con el postmodernismo irracionalista y nihilista, que rechaza el método científico, el pensamiento racional y el abuso de la ciencia como metáfora. La transición entre la arqueología y la genealogía está marcada por las reflexiones discursivas como expresión del poder.

La “tendencia postmoderna de pensamiento” apareció recientemente como expresión o aprehensión de una realidad social específica que hace referencia al pensamiento emergente de la modernidad tardía o de la era

La diferencia entre socialdemocracia y neoliberalismo radica en que este quiere la menor intervención política posible (dejando la tarea de poner orden a la regulación del mercado), y la socialdemocracia tiende a regular la mayor cantidad posible de aspectos de la vida humana.

postindustrial, manifiesto en las condiciones de vida específicas de los grandes centros urbanos de los países desarrollados, o bien como una cultura conformada por un conjunto de modos de vida en las regiones hiperindustrializadas. Giddens (1993) opone la idea de postmodernidad a la idea de modernidad radicalizada y crítica al movimiento postestructuralista, de donde se deriva. Este último debe ser superado, ya que los análisis de la modernidad de los siglos XIX y XX son insuficientes.

Se reprocha que el postmodernismo puso el último clavo en el ataúd de la ilustración, mientras que la izquierda enterró los ideales de justicia y progreso. La esencia de la ilustración es el ejercicio racional de la crítica, la cual se perfecciona enfrentando sus propios defectos de raciocinio.

Una nueva época, denominada postmodernidad, quedó delimitada a partir de 1989 con la implosión del sistema socialista soviético y el auge de una nueva concepción, más centrada en la mera subjetividad de la vida y del mundo. El capital social tiene carácter instrumental y expresivo, fortalece la subjetividad frente a la modernización. Asimismo, es una relación “puramente expresiva y gratuita” como fin en sí misma, la cual, además, crece, en la medida que la modernización avanza (Lechner, 2000). Newton (1997) examina la subjetividad del capital social, conformado por valores y actitudes que afectan las formas de relación entre las personas. Pero al mismo tiempo, la subjetividad es refugio o resistencia contra el modelo de pensamiento único hegemónico (Bourdieu, 1998).

La globalización es consecuencia ineludible de la modernidad capitalista, que deriva en la postmodernidad y, por lo tanto, en un preconizado relativismo que socava la crítica social, para el cual la objetividad es una mera convención social. Un inmovilismo discursivo está invadiendo la sociedad postmoderna. La globalización exalta el individualismo de las personas, las convierte en meros instrumentos homogéneos de producción y consumo, y las reduce a simples mercancías, que se compran

y venden, sin que las diferenciaciones culturales sean obstáculo. A mayor globalización, más avance del individualismo, lo cual afirma la tendencia hacia el autoritarismo del sistema capitalista. Se vive en un mundo en el cual la adquisición y el consumo son considerados como las marcas del éxito personal, y no lograrlo, es una marca de fracaso.

Si la modernidad capitalista creó el Estado-nación y sus principales creaciones, como la sociedad y el mercado nacionales, las fronteras, los ejércitos, etc., cuando el capitalismo entra en crisis, aunque muy discutible, entonces, necesariamente, entran en crisis todas estas instituciones ya en transición hacia la postmodernidad. La globalización puede ser vista como una continuidad del voluntarismo para establecer el ideal de una sociedad justa y afluyente, mediante la creación del Estado de bienestar y las tesis desarrollistas, pero adaptada a la cultura de la postmodernidad. La postmodernidad cuestiona la legitimidad del desarrollo alcanzado por la modernidad y la universalidad de sus valores y procesos, así como su reduccionismo economicista, su enfoque etnocéntrico y su interpretación unidimensional.

La postmodernidad cuestiona las variables sociales, culturales, del medio ambiente, políticas y éticas de la ecuación del desarrollo y su proyecto modernizador. La inclinación del postdesarrollo sobre “el lugar”, la ecología política y la geografía postmoderna, al estudiar la globalización, permiten reconocer los modos de conocimiento y los modelos de naturaleza, basados en lo local (Escobar, 2000, p. 172). Por lo general, el desarrollo en la globalización coloca al capital en el centro, pues sitúa al capitalismo “en el centro de las narrativas de desarrollo, tendiendo en consecuencia, a devaluar o marginar cualquier posibilidad de desarrollo no capitalista”; “la naturalidad de la identidad capitalista como plantilla de toda identidad económica puede ser puesta en cuestión” (Graham y Gibson, 1996, p. 146), por diversas opciones de desarrollo económico, propias del mismo postdesarrollo, que valora los modelos locales no necesariamente complementarios, ni opuestos, ni subor-

dinados al capitalismo. Estos modelos locales desafían “lo inevitable” de la penetración capitalista con los procesos de globalización y, por lo tanto, se puede decir que todo lo que surge de la globalización encaja en el guión capitalista. Muchos de los habitantes de las regiones menos desarrolladas viven bajo condiciones que pueden ser descritas como modernidad desigual más que como postmodernidad.

Las orientaciones postmodernas, condicionantes de los principales agentes de los procesos de globalización, las corporaciones transnacionales y multinacionales, según Santos (1993), son la unicidad de la tecnología, del tiempo y de la plusvalía como motor del desarrollo. El tiempo tiene poco significado y el espacio se comprime como resultado del avance tecnológico.

La ciencia postmoderna proporciona las bases metodológicas y de contenido para un proyecto económico-político. Este proyecto concibe “la trasgresión de las fronteras, el derrumbamiento de las barreras, la democratización radical de todos los aspectos de la vida social, económica y política” (Sokal y Bricmont, 1999). La democratización se refiere a las reformas políticas que introducen mecanismos esenciales para una mayor competencia electoral, para la modernización de los partidos políticos y para la creación de nuevas instancias de representación ciudadana y para una participación más abierta de la sociedad civil, así como una distribución más equitativa de la riqueza y un mejor equilibrio del ejercicio del poder en la comunidad.

En el postmodernismo no existen fronteras, ni alternativas para el futuro, sino una reiteración de lo mismo por medio del empleo de las tecnologías. En el período avanzado del postmodernismo se elaboran las tesis de las “técnicas de sí”. En estas etapas sucesivas, por ejemplo, Foucault intenta transplantar las ciencias naturales y exactas a otros campos, al mismo tiempo que se muestra escéptico ante el método racional y crítico del humanismo.

Las tendencias derechistas del postmodernismo se expresan en planteamientos tecno-

científicos conservadores de filósofos del orden establecido, que limitan las alternativas de la acción política para superar la etapa de desarrollo de la humanidad, como en el fin de la historia de Fukuyama. El postmodernismo radical, que rechaza toda manifestación de la racionalidad, es considerado como un relativismo cognitivo y cuestionado, por considerarlo un científicismo dogmático frente al prestigio de la ciencia, basada en el modelo racionalista.

Si la característica fundamental de la modernidad es la densidad de los cambios, la característica principal de la postmodernidad es la aceleración de estos cambios, caracterizados por su complejidad e incertidumbre, y por una fenomenología caótica (teoría del caos) que modifica constantemente los procesos económicos, políticos, sociales, culturales, etc. En la postmodernidad, prevalece la idea de que la realidad es compleja y multicausal, en cambio continuo, que acepta diferentes racionalidades en relación con las variables que hay que optimizar y que nada está garantizado o predeterminado.

La característica de todos los aspectos de las funciones de las organizaciones, desde las comunicaciones internas hasta el desarrollo de los productos para el intercambio competitivo, es una velocidad mayor. La velocidad tiene efectos en el decrecimiento de las imperfecciones del mercado, el incremento de la volatilidad a la que las organizaciones deben responder y el decremento de los tiempos de estímulo-respuesta de las actividades organizacionales prosaicas. En la práctica, existe una brecha entre el desarrollo rápido de las nuevas formas organizacionales y la capacidad de las perspectivas existentes, en la teoría.

Los conceptos de organización postburocrática, postmoderna, organización postempredadora y firma flexible se refieren a nuevos principios organizacionales y expresan los nuevos paradigmas de estas formas organizacionales. Otros aspectos específicos de estos paradigmas incluyen el federalismo, la corporación virtual, la corporación sometida a la reingeniería, la compañía creadora de co-

nocimiento, la organización “ambidextra”, de alto desempeño o sistemas de trabajo de alto compromiso, la organización híbrida y la “solución transnacional”, etc. La solución transnacional es la visión de una red integrada, en la cual el centro corporativo guía los procesos de coordinación y cooperación entre las unidades subsidiarias en un clima de toma de decisiones compartidas, mezcla la jerarquía con la red y retiene la creación del valor en una corporación (Bartlett y Ghoshal, 1998). Cambian las metas de las organizaciones para responder a la incertidumbre, el enfoque estratégico del diseño de procesos y estructuras, el énfasis en lo social e interpersonal y la reemergencia de la legitimidad.

La lógica cultural del capitalismo tardío es el postmodernismo, donde el espacio se interpreta como un símbolo y una realidad privilegiadas. El concepto de espacio evolucionó de una concepción territorial física a una concepción más dinámica y multilineal. Arellanes Jiménez caracteriza este nuevo concepto de espacio como un “concepto dinámico, abierto, cambiante, flexible y multilineal e histórico que se va aplicando a diversas circunstancias, coyunturas, cambios, actores, sujetos y relaciones”.

La desterritorialización del Estado-nación está dando lugar a nuevas formas espaciales geopolíticas y geoeconómicas. El surgimiento del Estado postnacional hace evolucionar el concepto de nación como el invento moderno que legitima el dominio de un pueblo politizado sobre un territorio determinado. Esta tendencia hacia el sí mismo multilocal es ya una característica de esta modernidad capitalista avanzada, del mismo modo que la tendencia hacia el espacio poliétnico o “desnacional” (Sloterdijk, 1999).

La ciudad global es multinodal y policéntrica, guiada y coordinada por un punto de una red flexible que se interrelaciona en forma complementaria con otros niveles regionales, dando lugar a la sociedad red de la era de la información. Al mismo tiempo que la cultura se vuelve más homogénea en las ciudades globales, también ocurren procesos de diferenciación cultural, que dan lugar a procesos de desterritorialización de culturas y al florecimiento de culturas locales. Las ciudades globales son lugares de creación de nuevas identidades culturales y políticas para sus habitantes, quienes comparten una cultura masiva global sofisticada, como parte de un proceso de McDonalización del mundo paralelo a la polarización socioeconómica.

La globalización exalta el individualismo de las personas, las convierte en meros instrumentos homogéneos de producción y consumo, y las reduce a simples mercancías, que se compran y venden, [...] A mayor globalización, más avance del individualismo, lo cual afirma la tendencia hacia el autoritarismo del sistema capitalista. Se vive en un mundo en el cual la adquisición y el consumo son considerados como las marcas del éxito personal, y no lograrlo, es una marca de fracaso.

Pero la exclusión y la segregación humanas tienen serias consecuencias, expresadas en comportamientos antisociales, tal como Bauman (1998) precisa: una parte integral del proceso de globalización es la progresiva segregación espacial, la separación y la exclusión.

Las tendencias neotribales y fundamentalistas, que reflejan y articulan la experiencia de la gente, al recibir los coletazos de la globalización como la extensamente celebrada “hibridización de la *top culture*: la cultura en la cima globalizada”. La cultura está siendo globalizada de la misma forma que el comercio, cuya tendencia es destruir las culturas locales, homogeneizar y estandarizar, lo cual destruye la diversidad y la vitalidad cultural y social.

Los impactos transculturales de los procesos de globalización se manifiestan en la estandarización universal de los comportamientos y los valores reproducidos y adaptados localmente a los patrones de la cultura

occidental cosmopolita, capitalista, urbana, moderna, con el inglés como idioma universal, etc. La globalización universaliza los valores de la cultura anglosajona. Aunque, en términos generales, se puede sostener que el aparato cultural institucional está en crisis. La imposición de los valores y la cosmovisión de la cultura occidental a los pueblos colonizados han producido grandes disfuncionalidades.

El mayor daño que el postmodernismo causa a los países en desarrollo es una guerra de culturas. Los convierte en consumidores acrílicos de culturas foráneas, si se considera como el reflejo múltiple de la cultura de la postmodernidad, donde el trabajo de la ilustración no ha concluido y donde se identifican el irracionalismo postmoderno con las mentalidades irracionales, que la civilización no acaba de realizar. La postmodernidad alienta la revisión de las culturas y el replanteamiento de sus relaciones, desde la visión de los valores occidentales. Hay pocas evidencias de que la región latinoamericana consista de “sociedades postmodernas” o que se esté moviendo a una era postmoderna.

Lechner (2000) señala que en la postmodernidad inciden tendencias como el desmoronamiento de la fe en el progreso y una creciente sensibilidad acerca de los riesgos fabricados por la modernización; el auge del mercado y el consiguiente debilitamiento de la política como instancia reguladora y el cuestionamiento de la noción misma de sociedad como sujeto colectivo, capaz de moldear su ordenamiento. La postmodernidad de la cultura política se caracteriza por una fragmentación de valores compartidos por las colectividades y por el distanciamiento de los ciudadanos de las instituciones, el cual está marcado por la creciente desconfianza, provocada por la crisis de las democracias institucionalizadas.

En este tipo de democracia, el ciudadano se adapta con una participación limitada a los entramados de las redes del poder para formular y exigir el cumplimiento de sus de-

mandas. Los mecanismos de coordinación y comunicación horizontal con la ciudadanía permiten la creación de un sistema complejo de redes, que facilita la participación democrática para la toma de decisiones y para la implementación de las políticas públicas. La toma de decisiones debe realizarse al más cercano nivel de la población afectada. Según Prats (2001), la democracia debe satisfacer la participación efectiva, la igualdad del voto, un entendimiento informado y el control sobre la agenda.

De acuerdo con estos autores, las fuentes de un postmodernismo, que se mueve hacia la izquierda política, son el descontento con la izquierda ortodoxa, su desorientación y la ciencia como blanco fácil. La izquierda ha asimilado y repetido hasta la saciedad la retórica de la doctrina del libre mercado y la denuncia del desmantelamiento de las funciones del libre mercado. Sin embargo, entre sus efectos negativos se mencionan la pérdida de tiempo en las ciencias humanas, una confusión cultural oscurantista y el debilitamiento de la izquierda política.

Las críticas al desarrollo de la postmodernidad se interesan por los paradigmas alternativos que enfatizan el establecimiento de metas, desde una tradición y cultura, la participación en la toma de decisiones y en la acción de contenidos de desarrollo (Goulet, 1999). El modelo clásico racional de toma de decisiones, que marca etapas sucesivas, claramente distinguibles, en la época moderna, es diferente al modelo de interacción estratégica de la postmodernidad. Las etapas del proceso de decisión racional de la modernidad son la preparación, la determinación, la ejecución, la evaluación y el ajuste de la política, las cuales requieren de procedimientos burocráticos administrativos racionales y de una administración fuerte de sujetos obedientes, que bajo las reglas del juego establecidas, se orientan por el bien común. En algunas ocasiones, desde la perspectiva de postmodernidad, los actores que se desvían de las reglas del juego son apreciados positivamente por sus posibles contribuciones

5. La modernidad y los procesos de globalización

La globalización constituye una etapa superior del desarrollo mundial del capitalismo, que surge a partir de cambios radicales y profundos en la economía política y la política económica, fundamentadas en el neoliberalismo, que pretende transnacionalizar su impacto. Las dimensiones del cambio económico, político y social mundial son determinadas por la reestructuración del capitalismo globalizador.

Los procesos actuales de globalización también pueden entenderse, al menos en los últimos cinco siglos, como resultado de una tendencia continuada del desarrollo del capitalismo, hasta llegar a la fase actual, denominada neocapitalismo o capitalismo tardío. El análisis más detallado de sus rasgos muestra manifestaciones y formas de expresión diferentes. La división internacional del trabajo, la economía mundial capitalista, el sistema de estados-nación y el orden militar mundial son las dimensiones de esta globalización. En los procesos de globalización, el capital se globaliza, mientras que el trabajo se localiza.

Giddens (1990) señala que la modernidad extendida da origen a la globalización entendida como “la intensificación a escala mundial de las relaciones sociales, que enlazan localidades muy distantes, de tal modo que lo que ocurre en una está determinado por acontecimientos sucedidos a muchas millas de distancia y viceversa”. En la relación entre el lugar y la cultura, los lugares son creaciones históricas, que se deben explicar, no asumir. En esas explicaciones se describen las formas como la circulación global del capital, del conocimiento y de los medios de comunicación configuran la experiencia de la localidad.

La economía tiene límites para explicar, describir y predecir los cambios que los procesos de globalización motivan. Para analizar los diferentes niveles, por ejemplo, el individuo, la sociedad, el Estado, el mercado, la región, lo internacional, etc., debe considerarse toda la complejidad estructural y holística del sistema global. Las instituciones locales,

nacionales, regionales y mundiales ponen en marcha complejos sistemas regulatorios de políticas y procesos de toma de decisiones.

Por otro lado, la teorización holística de la economía política internacional es una forma contestataria de la creciente globalización neoliberal y de la correlativa representación democrática. La multi-dimensionalidad de la globalización está estrechamente vinculada a la idea de conectividad compleja como condición del mundo moderno (Tomlinson, 1999). Por conectividad compleja el autor entiende que la globalización se refiere a la red de interconexiones e interdependencias desarrolladas de manera rápida y densa, características de la vida social moderna. McGrew (1990) sostiene que la globalización constituye una multiplicidad de ligamientos y conexiones que trascienden los estados-nación y, por implicación, a las sociedades, lo cual conforma el sistema del mundo moderno. Define el proceso a través del cual los eventos, las decisiones y las actividades, en una parte del mundo, pueden tener consecuencias significativas para los individuos y las comunidades en otras partes bastante distantes. La globalización, más que desarrollar un nuevo proceso, ha intensificado e interconectado procesos antiguos. Así, se da una profundización de los procesos, más que un cambio cualitativo en la estructura global de la economía.

La globalización es el triunfo de la teoría de la modernización que homogeniza y estandariza valores en los principios del capitalismo y la democracia, estimula el crecimiento económico y promueve los valores de la democracia, aunque aumenta las condiciones de inestabilidad e incertidumbre. Sin embargo, queda claro que el crecimiento económico no es causa de la democracia. La acción gubernamental tiene bajo su protección la producción de este crecimiento económico y es una de sus principales preocupaciones. Esta aseveración es bastante discutible si, en realidad, la globalización es un proceso inevitable, el cual, además, escapa al control de los agentes económicos y de los actores sociales y políticos. Las redes de actores individuales y colectivos “representan un nexo sobresaliente en

la relación entre las personas y los sistemas funcionales” (Lechner, 2000).

No obstante, el Estado, considerado como un actor social importante, sigue jugando un papel importante en la promoción del crecimiento económico y el desarrollo equitativo y equilibrado entre las diferentes regiones y localidades. Aziz Chaudry (1993) sugiere que las viejas cuestiones para reconciliar los objetivos de crecimiento y equidad fueron reemplazadas por las certezas de los economistas monetaristas.

6. El final de la modernidad organizada

La modernidad erige el Estado-nación como una forma de gobernabilidad para garantizar un espacio a la nación, la cual necesita ejercitar su vocación histórica. “En cualquier sistema económico, los poderes públicos deben responsabilizarse de la existencia de un orden económico, en el que el ejercicio de los derechos y las libertades económicas de los individuos y de los grupos sociales no perjudiquen a las terceras personas, ni atenten contra el interés general” (Asenjo, 1984). Los sistemas económicos están en constante transformación, al igual que los sistemas políticos, basados en los Estado-nación se están disolviendo de manera acelerada. En muchos de los casos, incluso generan conflictos, caos y contradicciones en la sociedad y producen rupturas intranacionales e internacionales serias.

El capitalismo globalizador o el neocapitalismo genera tensiones reflejadas en las crisis económicas, políticas, sociales, culturales, educativas en el medio ambiente, etc. Los agentes económicos y los actores políticos se encuentran en una carrera absurda de competencia por alcanzar una modernidad que termina en una crisis económica, social,

ecológica y moral. Al respecto, Wallerstein (1997) sentencia: “Mi propia lectura de los pasados 500 años me lleva a dudar que nuestro propio sistema mundo moderno sea una instancia de progreso moral sustancial, y a creer que es más probablemente una instancia de regresión moral”. Este sistema mundo no ha sobrevivido a la crisis moral, que marca el final del milenio. El sistema mundo capitalista funciona y evoluciona, en función de los factores económicos. Esta y otras tendencias son las causantes de lo que Wagner (1997) denomina el final de la modernidad organizada.

La modernidad implica el desarrollo democrático y, por lo tanto, es “la adopción del principio de que los seres humanos individual y colectivamente (esto es, como sociedades) son responsables de su historia” (Amín, 2001). Los agoreros del desarrollo capitalista han declarado el final de la historia y la continuidad del sistema económico, el cual, pese a las crisis, sobrevive como la última

utopía, erigida en el modelo único y, por lo tanto, hegemónico.

La transnacionalización del Estado presupone la transnacionalización del capital y de la sociedad civil, lo cual provoca conflictos sobre la centralidad del Estado-nación o la dualidad nacional-global. En la sociedad moderna existen muchas lógicas que compiten y son inconsistentes, pero la presencia y extensión de los conflictos permanece para ser evaluados empíricamente. Las empresas transnacionales y multinacionales configuran el poder actual de los estados imperialistas. Aquellas derivan a sus comparsas, las instituciones financieras internacionales, para controlar los flujos de la economía internacional y mundial. Tienen, además, poder suficiente para evaluar y sancionar el comportamiento económico de

La postmodernidad de la cultura política se caracteriza por una fragmentación de valores compartidos por las colectividades y por el distanciamiento de los ciudadanos de las instituciones, el cual está marcado por la creciente desconfianza, provocada por la crisis de las democracias institucionalizadas.

los estados nacionales. De esta forma, premian a los ganadores y castigan a los perdedores, lo cual, al final, afecta el nivel de vida de la ciudadanía.

La globalización económica, que impone áreas de integración regional e instituciones supranacionales, tiene un impacto evidente en la formación de nuevas naciones y en las funciones del Estado. Los procesos de descolonización y separación provocaron la erosión de los sistemas de seguridad nacional, lo cual, a su vez, incide en los sentimientos de identidad nacional, regional o local. La propuesta de la dependencia institucional sostiene que estas identidades son preferidas por estar más cercanas a la mayoría original o al diseño de negociación con más posibilidades. Los gobiernos locales tienen un papel importante como agentes del desarrollo económico.

Los procesos de globalización, aunados al crecimiento incontrolable de megalópolis, en algunos países menos desarrollados, crean nuevas formas de organización y desorganización. Estas someten a la población a una brutal competencia, de tal forma que establecen similitudes y diferencias donde se mezclan rasgos de la modernidad y de la postmodernidad, marcadas por la realidad de las sociedades desarrolladas. El vínculo social es un recurso del capital social para el desarrollo económico. Se presenta de forma neutral para ser aprovechado mediante diferentes estrategias. Según Bourdieu (1992), el capital social es la totalidad de los recursos actuales y potenciales, asociados a la posesión de una red perdurable de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento común. Así, desde esta perspectiva, el capital social pertenece al individuo y, de alguna manera, explica cómo personas con igual capital cultural y económico obtie-

nen resultados diferentes. El capital social es un recurso acumulable, que crece, si se hace uso de él o bien se devalúa, si no es renovado. Esta modernidad exagera los derechos individuales por encima de los derechos sociales.

En estas sociedades, las manifestaciones multiculturales hasta cierto punto configuran estos rasgos, los cuales desintegran la identidad individual y las referencias comunitarias, destruyen las estructuras familiares y sociales, así como las manifestaciones religiosas, culturales e intelectuales. Estas reacciones, consideradas como irracionales frente a los excesos racionalistas de la organización, se encuentran estrechamente vinculadas con el ambiente económico, social y político.

De hecho, los defensores de la modernidad occidental pregonan el progreso científico y tecnológico de la humanidad, mediante el establecimiento de los principios de la libertad, la igualdad y la justicia para todos. La libertad y la igualdad de acceso a las oportunidades de desarrollo, inducidas por la globalización, se reducen

y se supeditan a los intereses de los vínculos comerciales y de los movimientos de capitales. El resultado es la mundialización de la pobreza, sostenida por una desigualdad acumulativa y no autocorrectiva, la cual dificulta mantener el equilibrio.

No hay que perder de vista que, mientras el capitalismo se recupera, la inmensa mayoría de los trabajadores ven disminuidos sus salarios y prestaciones sociales. Aparte que el desempleo aumenta de forma inusitada. La modernización institucional y política y el crecimiento económico, centrado en el desarrollo tecnológico, no necesariamente crean empleos. El futuro de los trabajadores es muy incierto. Los países que cuentan con más

La globalización constituye una etapa superior del desarrollo mundial del capitalismo, que surge a partir de cambios radicales y profundos en la economía política y la política económica, fundamentadas en el neoliberalismo, que pretende transnacionalizar su impacto. Las dimensiones del cambio económico, político y social mundial son determinadas por la reestructuración del capitalismo globalizador.

mano de obra, deben especializarse en la producción y exportación de productos y servicios que la empleen. La movilidad de esta no se ha liberalizado, pese a los posibles beneficios disciplinarios que traerían para el dominio del libre mercado. Esta estrategia de la globalización está produciendo la profundización de los niveles de pobreza mundial.

La globalización se perpetúa en los contenidos de la información y la comunicación. Este proceso excluye cada vez a más individuos, que quedan fuera de los beneficios de la nueva cultura y de la identidad global. Las ventajas comparativas de las naciones se expresan como las habilidades para adquirir, organizar, almacenar y diseminar la información, mediante procesos de tecnología de la información y la comunicación. La creciente diferenciación entre los que tienen y los que no tienen es reflejo, en parte, de quienes tienen y no tienen acceso a las tecnologías de la información y la comunicación. Por lo tanto, el intercambio de información es un componente para el desarrollo sustentable, que mejora la calidad de vida y proporciona un mayor control a las personas.

Los procesos de la globalización, en conclusión, benefician a los países con economías abiertas. El debate debe mantener la posibilidad de que el aumento más rápido de la riqueza no es, necesariamente, el fin que la economía global debe perseguir.

7. La modernidad y la postmodernidad: formas de sustentabilidad social

Los modernistas asumen que la función primaria de la organización económica es la producción. Los postmodernistas, por su lado, sostienen que la producción de cosas físicas es superada por la producción de bienes de información y servicios. Muchos de los habitantes de las regiones menos desarrolladas viven en condiciones que pueden ser descritas como modernidad desigual más que como postmodernidad.

La orientación empresarial del Estado, que busca la rentabilidad y la calidad total, en todos los servicios que ofrece a un mercado

de consumidores más que a la ciudadanía, asume el bienestar como una función del poder adquisitivo de quien cuenta con los recursos para comprarla. En vez de sostener el crecimiento económico y una mayor igualdad social, la modernización de las sociedades del tercer mundo produjo varias consecuencias negativas no esperadas, tales como el aumento prematuro de los estándares de consumo con muy poca relación con los niveles locales de productividad, la bifurcación estandarizada entre las elites capaces de participar en el consumo moderno y las masas conscientes de ello, pero excluidas, las presiones migratorias, en tanto que los individuos y sus familias buscan tener acceso a la modernidad, moviéndose directamente a los países de donde proviene (Portes, 1997).

Los procesos de globalización neoliberal aumentan las desigualdades sociales que debilitan el sistema democrático, agudizan sus contradicciones y lo vuelven incompatible con el capitalismo. La mano visible del capital transnacional asume funciones liberadoras de recursos, en condiciones altamente especulativas, en un mercado globalizado y competitivo. Es la respuesta a los intereses financieros de quienes lo controlan sin asumir, necesariamente, supuestos para ampliar las capacidades económicas, sociales, políticas y culturales de los pueblos con menor desarrollo humano.

Los procesos de globalización sin desarrollo informático son excluyentes, selectivos y solo beneficiosos para una minoría. Los adelantos tecnológicos proporcionan mayor acceso a los procesos de modernización política, lo cual implica la participación de la sociedad civil en la construcción de la estructura e infraestructura del propio desarrollo, más centrado en redes de cooperación y con procesos interactivos en un mismo nivel horizontal. No obstante, la revolución tecnológica parece propiciar un mayor desorden económico, político y social.

Desde la perspectiva de la modernidad, la corrupción es un fenómeno que se manifiesta en sociedades con regímenes políticos no

evolucionados. La corrupción es el mal uso de la oficina pública para la ganancia personal. El principal objetivo de la corrupción es aumentar la ganancia privada. Está estrechamente relacionada con la pérdida de confianza en las formas de cooperación y distribución de costos y beneficios, los cuales son sustituidos por formas de competencia e imposición de influencias. Desde la perspectiva de la moralidad, la coacción y la corrupción están vinculadas por ser moralmente reprochables. La corrupción de una sociedad está referida al sistema normativo, que delimita los deberes institucionales y establece los papeles desempeñados por quienes toman las decisiones. La legitimación de un sistema normativo se realiza por otro superior, cuyo máximo nivel es la moral crítica o la ética. Los deberes institucionales son adquiridos por medio de actos voluntarios de quienes asumen los papeles (Garzón Valdés, 1995). La democracia representativa institucionalizada en el Estado social del derecho cumple con los requerimientos de la ética, que convierte la lealtad de quienes deciden en algo inexcusable.

La modernización puede conseguir que lo social sea sostenible, si se acerca a los fundamentos culturales de la sociedad. Los procesos de modernización implican el cálculo y el control de los procesos sociales y naturales, que corresponden al desarrollo de la racionalidad instrumental. Esta se contrapone al concepto de racionalidad normativa, la cual se corresponde con la modernidad, orientada a la autonomía moral y a la autodeterminación política. Esta perspectiva sociológica predijo correctamente la difusión de las orientaciones occidentales modernas y las formas institucionales para las tierras menos desarrolladas. Más tarde, la escuela sociológica completa se enfocó en esta difusión global de las formas institucionales del centro avanzado a la periferia del sistema internacional.

En la actualidad, sin embargo, las funciones del Estado en la economía internacional son esenciales. Un liberalismo absoluto, donde el Estado solo se ocupe del ejército y de la policía ya no es sostenible. A pesar de las tendencias neoliberales, que limitan las fun-

ciones y actividades del Estado, su participación sigue siendo fundamental para regular los procesos económicos. En las sociedades fuertes, administra la mitad del producto social, racionalizando sus actividades como la manera más efectiva de elevar la productividad social

8. Los nuevos movimientos sociales y la acción colectiva

Los movimientos sociales internacionales recientes, capaces de combatir los poderes económico-financieros, son los primeros signos del descubrimiento colectivo de la necesidad vital del internacionalismo o, mejor aún, de la internacionalización de los modos de pensamiento y de las formas de acción. La evolución de la organización política de la sociedad en comunidades organizadas, para lograr sus fines mediante la práctica de una democracia participativa, que apoya al Estado para administrar el interés público, es contraria a los fines de la modernidad capitalista.

La globalización afecta el “efecto de calor del hogar político-cultural”, protegido por el Estado nacional moderno, por lo que, “toda comunidad política real tendrá que dar una respuesta al doble imperativo de la determinación por el espacio y la determinación por el sí mismo” como punto de convergencia para una identidad regional. La identidad se expresa en una comunidad de intereses, por medio de medios espaciales y territoriales, nacionales e internacionales. La política exige, por lo menos, un uso comunitario, sometido a reglas derivadas de leyes, desde el impuesto obligatorio a las reglas de tráfico, pasando por la reglamentación de la construcción, el comercio, etc. Según Putnam (1993, p. 183), “la comunidad cívica tiene profundas raíces históricas. Ello es una observación deprimente para quienes ven la reforma institucional como una estrategia de cambio político”.

De hecho, los procesos de globalización y modernización no eliminan la capacidad de acción colectiva para oponerse al poder, reivindicar derechos humanos, políticos, cívicos, sociales, etc., por lo que las condiciones

de inestabilidad e incertidumbre aumentan. En los países en vías de desarrollo, la acción colectiva plantea el problema de los avances institucionales y organizacionales. Las estrategias de competitividad sistémica, requeridas por los procesos de globalización entre las personas, están determinadas por los beneficios que los participantes reciben de la acción colectiva. En este contexto, el clásico "gorrón" causa más problemas, cuando se aprovecha para sacar ventajas de su poca o nula contribución al esfuerzo, sin los pagos de la cooperación. Sin embargo, en problemas de acción colectiva con elementos distributivos, es difícil ponerse de acuerdo en los objetivos y no queda en claro qué resultado colectivo es deseable. Las soluciones políticas implican mecanismos para encontrar acuerdos y para exigir su cumplimiento.

El dilema de la acción colectiva emerge en el nivel transaccional, cuando los agentes son independientes, son conscientes de su interdependencia y no existen agencias que puedan coordinar sus acciones. Al aumentar el tamaño de las estructuras burocráticas con controles jerárquicos, la autoridad de la agencia se distorsiona. Las formas burocráticas familiares incluyen el control jerárquico y las relaciones de autoridad, fronteras relativamente fijas y una autoridad de arriba hacia abajo.

La participación ciudadana en el juego político es la base de todo sistema democrático. Los mecanismos de participación ciudadana fundamentan el ejercicio democrático de las estructuras institucionales de la gobernabilidad, las cuales facilitan las interacciones entre la sociedad y la ciudadanía. Los mecanismos de participación política en las comunidades políticas democráticas adquieren nuevas dimensiones, cuando se busca la representatividad de la ciudadanía. Sin embargo, la utilización de estos mecanismos puede prestarse a la manipulación de la sociedad. En general, la ciudadanía participa poco o es indiferente en los asuntos políticos, no se identifica con el juego de la política ni con los políticos o los partidos políticos, a los cuales desdeña y, en algunas ocasiones, incluso

desprecia. La estructuración flexible del Estado-red, en el concepto de Castells (1998), combina los principios de subsidiariedad, flexibilidad, coordinación, participación ciudadana, transparencia administrativa, modernización tecnológica, transformación de los agentes y retroalimentación en la gestión.

9. La encrucijada de los tiempos pre-modernos, modernos y postmodernos en América Latina

La complejidad de la realidad social de América Latina contemporánea es, quizás, pensada como una complejidad híbrida de ideologías, prácticas y condiciones de la premodernidad, la modernidad y la postmodernidad. El cuestionamiento a los valores de la modernidad, sus supuestos de progreso lineal y su tendencia a identificarse con valores eurocéntricos se ha generalizado de forma creciente (Tucker 1992).

Desde este punto de vista alternativo, la modernización fue el venero ideológico del capitalismo occidental, cuyas incursiones en el resto del mundo lo mantuvieron en un retraso permanente. Como mecanismo económico, el capitalismo puede ser adoptado como instrumento democratizador, que posibilita legitimar un gobierno. Los límites de la legalidad no coinciden con lo legítimo. El subdesarrollo de América Latina no fue pecado de omisión de países al margen de la industrialización moderna, sino que fue un antiguo y activo proceso, en el cual los términos comerciales fueron arreglados en detrimento de los estados débiles, productores de bienes primarios (Portes, 1997). De hecho, los problemas contemporáneos de la globalización, la expansión del capitalismo, tardío o postmoderno, han agravado problemas más crónicos como en América Latina. En las últimas dos décadas, casi todos los aspectos importantes de la vida económica, política y social fueron influidos por la integración acelerada de la región al sistema capitalista global. La economía global fragmenta las estructuras económicas, políticas y sociales, centradas en el estado-nación. Además de todo, las limita

y entorpece sus procesos de generación y acumulación de capital, para orientarlas al espacio supranacional.

El capitalismo corporativo, también denominado neocapitalismo o capitalismo tardío, se basa en un régimen de propiedad privada difusa, propio de las grandes corporaciones, las cuales reúnen recursos de muchos accionistas. El corporativismo financiero pertenece a este neocapitalismo. Ahora bien, las estructuras de los estados nacionales son rehenes de los agentes del capitalismo global, porque sirven a sus intereses transnacionales.

En la lógica de los procesos de globalización, los estados latinoamericanos compiten por recibir los beneficios de la apertura comercial, la atracción de inversiones extranjeras y la transferencia de la propiedad, mediante la privatización de las empresas públicas a las elites capitalistas locales, que se convierten en intermediarias de las grandes corporaciones transnacionales. La ideología neoliberal se ha usado para justificar la estrategia de las políticas de reestructuración y ajuste económico, seguidas en la mayoría de países latinoamericanos, desde los años de 1980. Las consecuencias de estas políticas están relacionadas con los efectos de la recesión de las economías, en los años de 1980 y 1990. La mayor parte de los gobiernos de la región adoptaron crueles medidas de austeridad para reducir sus gastos en educación, salud y otros servicios sociales. De esta forma, han podido pagar las deudas contraídas con el sector privado y público.

La crisis de los estados latinoamericanos se agudizó en la década de los años de 1990, al romper las alianzas con los sectores populares para incorporarse a los procesos económicos y socioculturales, articulados con la globalización. Este cambio fue llevado a cabo a costa de la desarticulación de las economías locales, dando como resultado la profundización de una sociedad dualista —sectores socioeconómicos, incrustados en la modernidad y los procesos de globalización, y sectores desarticulados con bajos niveles de competitividad y sin posibilidades de mejorar su

desarrollo, condenados a la dependencia tecnológica, financiera, etc.—. A pesar de todo, la implementación de los programas de liberalización económica polarizó la sociedad, reflejando así las contradicciones del capitalismo industrial, a tal punto que se convirtió en una sociedad dual, en la cual unos tienen acceso a los beneficios de la era de la información, mientras que otros quedan totalmente excluidos de ella.

No menos importante fue la expectativa de que los factores demográficos responderían a la modernización y, por lo tanto, que las tasas de fertilidad declinarían. Los resultados recientes han invalidado estas expectativas. Las teorías de la modernización no predijeron bien otras consecuencias de estos procesos de difusión. La reacción a los errores predictivos no provino primero de la sociología norteamericana, sino de su contraparte latinoamericana, fuertemente influenciada por la economía política marxista. El marxismo consiste en una aproximación dialéctica al desarrollo de la humanidad y en un enfoque desde el materialismo histórico, que sostiene que la lucha de clases hará evolucionar el desarrollo capitalista en una sociedad socialista, integrada por un sistema de producción, distribución y consumo, conformado por individuos iguales en un Estado democrático. Los trabajos sobre la dependencia, cuyas raíces teóricas se hundían en la economía política marxista, dejaron de lado la consideración de valores e ideas y culpó de la pobreza del tercer mundo a las corporaciones multinacionales y a sus gobiernos protectores.

Los procesos de integración están acentuando las diferencias entre los espacios rurales y los urbanos y, por lo mismo, las grandes urbes se han transformado en megasuburbios, los cuales coexisten con “ciudades perdidas” o con cinturones humanos de miseria, en “asentamientos que escapan a las normas modernas de construcción urbana” (Galeano, 1971), donde habita más de una cuarta parte de la población marginal latinoamericana. Desde el siglo pasado, la geografía social rural entró en un proceso de extinción, manifiesto en el éxodo de la mayor parte de

los campesinos, quienes abandonan el campo y su cosmovisión de la vida rural. Queda menos del 3 por ciento en las sociedades más avanzadas. Los otros se han integrado a las redes de la vida urbana postmoderna y post-industrial.

La distancia que separa el lugar de cultivo del mercado determina la marginalidad del agricultor. Por lo tanto, el granero de la producción agropecuaria global se encuentra cerca de los grandes centros comerciales e industriales. El comercio internacional actual es más cuestión de poder político que de desarrollo, pues los grandes intereses definen las negociaciones y los acuerdos. Las redes de poder atrapan a la ciudadanía y la someten a la lógica de una esfera de influencias y competencias con altos costos para quienes optan por alternativas diferentes, que implican la negación de las telarañas del poder. Maximizar los beneficios y minimizar el impacto de los eventos negativos se ha convertido en un asunto colectivo. Los beneficios son mayores entre los países de altos ingresos, como los de la OCDE, que entre los países pobres.

El territorio representa un conjunto de relaciones sociales, donde la cultura y otros rasgos locales no transferibles se han sedimentado, donde los hombres y las empresas actúan y establecen relaciones, donde las instituciones públicas y privadas intervienen para regular la sociedad (Camagni, 1991). Sin embargo, en la actualidad, las relaciones sociales se están dislocando y descontextualizando de los procesos de interacción social. Boisier (2002) plantea la existencia de un conjunto de factores intangibles, presentes y latentes, en todo el territorio, los cuales, agrupados en categorías homogéneas, constituyen un capital intangible. Según esto, Dalton (2002) argumenta que “en América Latina ha existido siempre una excesiva instrumentalización política de los marcos jurídicos de forma tal que no existe siempre una clara diferenciación y en la realidad lo que se presentaba era una subordinación a las luchas y estrategias políticas”.

Una economía moderna latinoamericana solo es viable si se forma lo que Dietererich (2002) denomina bloque regional de poder, cuya diferencia cualitativa con los otros bloques estriba en que debe “integrar desde su inicio elementos claves de la democracia participativa o sea, del socialismo del siglo XXI” con una “política mercantilista y con sustento en cuatro polos de crecimiento: 1. las pequeñas y medianas empresas (PYMES); 2. las corporaciones transnacionales nacionales (CTN); 3. las cooperativas y, 4. las empresas e instituciones estratégicas del Estado. Esta verdad debería constituir, por lo tanto, el punto de partida de toda teoría y planificación económica en América Latina”.

Referencias bibliográficas

- Amín, Samir (2001). “Imperialismo y globalización”. <http://www.rcci.net/globalización/2001/fg175.htm>.
- Asenjo, J. (1984). *La constitución económica española*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Aziz Chaudry, Kiren (1993). “The Myths of the Market and the Common History of Late Developers”, *Politics and Society* 21 (3 de septiembre de 1993), 246.
- Bauman, Zygmunt (1998). *Globalization: The Human Consequences*. Cambridge. Polity Press.
- Bartlett, G. A.; y Ghoshal, S. (1998). *Managing Across Borders: The Transnational Solution*. Boston: Harvard Business School Press.
- Birchfield, Vicki (1999). “Contesting The Hegemony of Market Ideology: Gramsci’s ‘Good Sense’ and Polanyi’s ‘Double Movement’”. *Review of International Political Economy* 6, 1 (1999), 27-54.
- Boisier, S. (2002). *Desarrollo territorial y descentralización*. Seminario “Descentralización de sectores sociales; nudos críticos y alternativas”. Lima.
- Bourdeau, Pierre (1998). “The Essence of Neoliberalism”, *Le Monde*. Diciembre.
- Bourdieu, P. (1992). “Ökonomisches Kapital –Kulturelles Kapital –Soziales Kapital”, en

- Schriften Zu Politic und Kultur: Die verborgenen Mechanismen*. Hamburgo, VSA-Verlag.
- Brosius, Peter (1997). "Endangered Forest, Endangered People: Environmentalist Representations of Indigenous Knowledge", en *Human Ecology* 25, 1, 47-69.
- Camagni, R. (2001). "Cities: a Case in Point", en K. Steilmann y F. Lehner (Eds.), *The Steilmann Report. The Wealth of People. An Intelligent Economy for the 21st Century*. Bochum-Wattenscheid, KSI.
- Cardozo, F. H.; y Faletto, Enzo (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Castells, Manuel (1998). "¿Hacia el Estado red? Globalización económica e instituciones políticas en la era de la información", en *Seminário Internacional sobre Sociedade e Reforma do Estado*. Brasilia, Mare.
- Dalton, Russell J. (2002). "Democracy and its Citizens: Patterns of Political Change". Mimeo.
- Dieterich, Steffan Heinz (2002). "Jaula de leones, economía de ovejas", "La página de Dieterich", *La Nación*, 10 de agosto, Buenos Aires.
- Dowbor, Ladislau (2001). "Decentralization and Governance". <http://www.ppbr.com/ld/govern.shtml>
- Dror, Yehezkel (1995). "Fortalecimiento de la capacidad de los gobiernos en materia de formulación de políticas", documento presentado a la 12 Reunión de expertos del Programa de las Naciones Unidas en materia de administración y finanzas públicas, Nueva York.
- Escobar, Arturo (2000). "El lugar de la naturaleza o la naturaleza del lugar globalización o postdesarrollo", en Andreu Viola (Comp.). *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*, pp. 169-216. España, Paidós studio.
- Faguet, J. (1999). *Does Decentralization Increase Responsiveness to Local Needs? Evidence From Bolivia*. Working Paper SN. World Bank Policy Research.
- Fazio, Carlos (2000). "La solidaridad en los tiempos del neoliberalismo", *La Jornada*, p. 12.
- Galeano, Eduardo (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Madrid, Siglo XXI.
- Garzón Valdés (1995). "Acerca del concepto de corrupción", *Claves de la razón práctica* 56, octubre.
- Germani, Gino (1971). *Sociología de la modernización*. Buenos Aires, Piados.
- Germani, Gino (1966). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Piados.
- Giddens, A. (1990). *The Consequences of Modernity*. Stanford University Press.
- Giddens, A. (1984). *The Constitution of Society*. Los Angeles, University of California Press.
- Goulet, Denis (2000). *Changing Development Debates under Globalization*. Working Paper 276. The Hellen Kellogg Institute for International Studies.
- Graham y Gibson (1996). *The End of Capitalism (As we Knew it)*. Oxford, Basil Blackwell.
- Grootaert, Christiaan (1998). "Social Capital: the Missing Link?". *Social Capital Initiative*, Paper 3, Banco Mundial.
- Habermas, J. (1992). *Between Facts and Norms*. Cambridge, The MIT Press.
- Lechner, Norbert (2000). "Desafíos en el desarrollo humano: individualización y capital social", *Instituciones y Desarrollo* 7.
- Lerner, Daniel (1958). *The Passing of Traditional Society*. Free Press.
- McGrew, Anthony (1990). "A Global Society", en Stuart Hall, David Held y Anthony McGrew, *Modernity and its Futures*. Cambridge, Polity Press.
- Morales-Gómez Daniel; y Torres, Mario (2000). "Re-thinking Social Policy for Development", SDP Group. UNRISD Conference on social policy in a development context.
- Portes, Alejandro (1997). "Neoliberalism and the Sociology of Development". *Population and Development Review* 27, 2 (junio), 229ss.
- Putnam, R. (1993). *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton, Princeton University Press.
- Ramírez Alujas, Álvaro Vicente (2002). *Reforma del Estado y modernización de*

- la gestión pública. Lecciones y aprendizajes de la experiencia chilena.* Instituto Internacional de Gobernabilidad.
- Rostow, W. W. (1960). *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto.* Cambridge.
- Sloterdijk, Peter (1999). "Patria y globalización". *Nexos* 262, octubre.
- Sokal, Alan; y Bricmont, Jean (1999). "La crítica al relativismo posmodernista". *Este País* 104, noviembre.
- Tomlinson, John (1999). *Globalization and Culture.* Cambridge, Polity Press.
- Tucker, Vince (1991). *The Myth of Development.* Occasional Series Paper 6. Cork, University College, Department of Sociology.
- Wagner, Peter (1997). *Sociología de la modernidad,* Herder.
- Wallerstein, Immanuel (1997). "¿Cambio social? El cambio es eterno, nada cambia jamás". *Memoria* 100. México.